

Est. 2a. Cas.—Apolo, Apolo, guía de los caminos: haces gala de tu nombre: destruidor! ¡tú me destruyes por segunda vez... y no te causa pena!

Coro.—¡Ha de pensarse que va a pronosticar sus propios infortunios? ¡En mente esclava perdura aún el don divino!

Ant. 2a. Cas.—Apolo guía, Apolo mi destructor..., ¿a dónde me has guiado? ¿A qué guarida?

Coro.—¡A la casa de los Atridas! Te lo diré, si no lo sabes... y no puedes echarme en cara mentira.

Est. 3a. Cas.—¡Ah, ah... Di mejor que a una casa odiada por los dioses, cómplice de mil crímenes, matadora de su propia raza, devoradora del varón, cabezas descuajadas de su tronco, y un suelo que empapa en sangre!

Coro.—Me parece que la extranjera husmea a guisa de perro: ¡hallado ha la pista: huele ya el crimen que va a descubrir!

Ant. 3a. Cas.—¡Ah, ah... Ya creo a los testimonios... esos niños que lloran degollados... esas carnes que asadas engulle un padre!

Coro.—¡Tu renombre de présaga teníamos bien sabido... no queremos clarividentes!

Est. 4a. Cas.—¡Oh, deidades...! ¿Qué se incubaba allá al fin? ¿Qué enorme dolor? Un mal sin medida se prepara en este palacio: insoportable para los que aman, sin remedio ninguno... ¡Ay el que pudiera remediarlo está muy lejos!

Coro.—De estos vaticinios no tengo atisbo siquiera. Los otros, los conozco: toda la ciudad los grita.

Ant. 4a. Cas.—¡Ay, infeliz...! ¿Es pues consumas? Ya bañas al esposo que comparte tu lecho... ¿cómo decir el fin?... ¡Veloz vendrá! ¡En orgasmo de odio, dos manos una en pos de otra se extienden!

Coro.—Ya nada entiendo: a los enigmas suceden oscurísimos vaticinios: he quedado perplejo!

Est. 5a. Cas.—¡Espanto, espanto...! ¿Qué es eso que se muestra? ¿Es una red traída del Averno?... ¡No, no; es el manto que

le cubría en el lecho, hoy trocado en cómplice del crimen...! ¡Qué la pandilla que esta raza obsede alce en conjuro de alaridos su himno de triunfo ante el abominable crimen.

Coro.—¿A qué la Erina de esta casa evocas con tus gritos? ¡No me causa alegría tu palabra!

Semicoro.—Corre a mi corazón rojiamarilla avenida: tal como la que fluye de las venas de los guerreros que sucumben, bajo el postrer vislumbre de la vida, cuando veloz la muerte se precipita a ellos.

Ant. 5a. Cas.—¡Ah, ah... Mira, mira... Aparta la vaca del toro... Al toro negricorne en la red de un velo lo ha cautivado... ya lo arroja en la tina rebosante, después de haberlo herido...! ¡Ya está: tal es el presagio de la engañosa tina ensangrentada! ¡Ya te lo digo, al fin!

Coro.—No hago alarde de ser penetrador de vaticinios. Pero esto es claro: anuncia un infortunio.

Semicoro.—¿Y cuándo de un presagio para los mortales provino alegre anuncio? El parloteo de los videntes prediciendo sólo desventuras puede poner terror a quien los oye.

Est. 6a. Cas.—¡Ay, ay, mísera; qué son mis desventuras...! ¿Ya mi propia desdicha voy a escanciar en la funesta copa de mi canto...? ¿A dónde me has llevado cuando acá me trajiste? ¡A una infeliz a que muriera...! ¿Si no, a qué?

Coro.—Perdiste el juicio, un divino delirio te domina para entonar tal canto sin concierto... Eres cual ruiñeñor que nunca cesa de entonar en su canto con gemidos Itis, Itis, y Ay su corazón rebosa siempre de infortunados pensamientos y lamenta su vida saturada de dolores.

Ant. 6a. Cas.—Ay, Ay... con un melodioso ruiñeñor me mides... Pero él tiene sus alas que los dioses le dieron... llora y es su vida por igual dulce. Y a mí se me reserva la daga de dos filos.

Coro.—¿De dónde tienes el conocimiento de esa loca inquietud y tu delirio? ¿No es vana tu visión de infortunios? Impelida a formular tremendos vaticinios, acaso por los dioses eres forzada a dar tremendas profecías al son de un canto penetrante y agudo ¿De dónde te han venido para que los tengas los confines de un mundo escondido en las tinieblas del futuro?

Est. 7a. Cas.—¡Ay, Bodas, bodas... bodas, perniciosas a los que lo aman, del infausto Paris...! ¡Ay, Escamandro que mi patria debe...! ¡En otro tiempo junto a tus riberas, desdichada de mí, fue nutrida y crecía mi cuerpo...! ¡Ahora... ahora...? ¡Marcho hacia el Cocito, me habrán de oír las riberas del Aqueronte... allá iré a proferir mis vaticinios!

Coro.—¿No es diáfano a la mente lo que has dicho? ¡Un pequeño entenderlo podría! Pero sangriento temor me domina, cual cruel mordedura, cuando escucho las notas desoladas que, con sólo oírlas, me desgarran el alma.

Ant. 7a. Cas.—¡Ay infortunios, ay, de mi ciudad totalmente destruida...! ¿De algo sirvió la multitud de víctimas, que mi padre ofrecía, de sus campos la flor de su grey? ¡Todo fue inútil a salvar los muros! ¡La ciudad de Priamo es polvo bajo el peso del destino... y yo, aunque ardo de divino fuego, muy pronto, ay sí, muy pronto caeré rendida sobre el polvo...!

Coro.—Concorde es todo con lo que antes dijo... Un dios lleno de inquina te abrumba y te gobierna para que cantes tus dolientes mortíferos oráculos... ¿Cuál es el final término de esta enigmática predicción? Entenderlo no puedo.

98

Cassandra baja del carro

Cas.—Ya no será el oráculo para ti como una novia que se atreve apenas bajo el velo: va a vencer el sol que nace esplendente. Y su luz ha de difundir un infortunio mayor que todos los anteriores. Voy a aclararlo más y sin enigmas. Oído y me diréis si he oído la pista y voy en pos de los antiguos crímenes. Hay en esta mansión un coro funesto que jamás lo abandona. Canta a una voz, pero su canto es horrible: ¡Ni palabras ni sentencias son gratas! Nunca bueno resuena en sus labios. Bebieron sangre humana y una embriaguez horrenda las domina sin cesar. ¿Quién echarlas pudiera del palacio? ¡Es la banda fatal e insaciable de las Erinias que esta raza infestan! Un himno cantan interminablemente, unidas en vínculo fatal a esta mansión, en el que se repite y se recuerda el crimen primario. Sigue el recuerdo amargo de la funesta profanación del lecho fraternal... ¿Qué dices? ¿Me he engañado? ¿Doy en el blanco cual flechero avezado? ¿Soy una infeliz adivina que va de puerta en puerta vendiendo vaticinios?... Da testimonio, pero jura antes que estoy bien enterada de todos los delitos que pesan sobre esta mansión.

Coro.—¿Y cómo un juramento, por genuino, por firme que se suponga, tendrá poder para remediar los males? Te admiro y te venero: tú nacida allá tras de los mares y en lengua extraña educada puedes hablar de estos hechos, tal como si hubieras sido testigo de ellos y entre nosotros hubieras vivido.

Cas.—¡El vate Apolo me confió tal oficio...!

Coro.—¿Qué? ¿Siendo dios se sintió herido de amores?

Cas.—¡Nunca antes lo dije por pudor!

Coro.—¡El que dichoso es suele ser esquivo!

Cas.—Se lanzó a mi, prendado de mi belleza.

Coro.—Y, ¿qué? ¿A la obra genética, cual ley común, llegasteis?

Cas.—Tras prometerlo, engañé a Loxias.

Coro.—¿Ya el divino entusiasmo poseías del arte?

Cas.—Ya a mis conciudadanos les predecía infortunios.

Coro.—¿Cómo evadiste el odio de Loxias?

Cas.—Desde que lo defraudé, nadie nada me admite como cierto.

Coro.—Para nosotros bien segura y veraz eres.

Cas.—¡Ay, ay... oh, qué horror...! Una vez más me invade y me acomete, y me abrumba el trabajo de la adivinación... Son sus preludios y ya me agobian... Ved: Esos niños que están sentados ante el palacio, ¿no simulan fantasmas de sueños?... ¡Niños muertos por sus padres: sus manos llenas están de sus carnes que son sustento de sus seres amados... tremenda y horripilante vianda son sus entrañas que su padre mismo lleva a la boca...! ¡Ya la venganza se incubaba: no falta quien la ejecute! ¡Un león, un león perezoso que en el lecho tendido en la casa esperó el retorno de su amo... el amo también mío, pues él me hizo cautiva! ¡Y él, jefe de la armada, él vencedor de Ilión... no se ha dado cuenta de que la perra aborrecible, que con lengua fementida exultaba en su regreso en un larguísimo discurso, le estaba disponiendo la muerte! ¡A tal osadía llega! ¡Una hembra asesina de un varón...? ¿Qué epíteto, qué nombre hallaré para designarla? ¿Dragón de dos cabezas? ¿Escila que mora entre las rocas y ruina de los navegantes? ¡Madre del Averno que no tiene más anhelo que acabar con los suyos?... ¿Qué alarido de gozo dio la infame... fue el grito del guerrero que ha vencido a su enemigo! ¡Y se creía que era el gozo de ver retornar al hogar a su marido...! Y ahora, ¿qué? ¡Créanme o no me crean, nada me importa! ¡Lo que ha de suceder, sucederá! Pero, tú que muy en breve vas a ser dolorido testigo de los hechos, tendrás que confesar que mis oráculos eran en sumo grado veraces.

99

Coro.—¡Del funesto festín de Tiestes has hablado, en que comió las carnes de sus hijos! ¡Lo he entendido, y el terror me ha domi-

nado! ¡Nada de imágenes: la verdad desnuda! Pero cuando oí lo demás, mi mente perdió el camino y corre sin rumbo.

Cas.—Lo que digo es que vas a ver la muerte de Agamemnón.

Coro.—¡O dices venturas, o haces dormir tu lengua, desdichada!

Cas.—Y nadie hay que remedie mi palabra.

Coro.—No, si tal es el fallo del destino... ¡Pero que no sea!

Cas.—Haz votos, ora... ¡Ellos urden la muerte!

Coro.—¿De qué hombre tal crimen se origina?

Cas.—Lejos andas de comprender mis vaticinios.

Coro.—No alcanzo a percibir la trama de quien ha de ejecutarlo.

Cas.—¡Y con todo yo hablo la lengua de la Hélade!

Coro.—También en griego son los oráculos de Pitia y no por eso son menos oscuros.

100

Cas.—¡Ay, ay, horror...! ¿Qué fuego es este? Me invade y me domina. ¡Ay, ay, horror...! ¡Oh Licio Apolo... ay de mí, ay de mí...! ¡Ella, bípeda leona, que con el lobo yacía, ausente el león, me va a matar a mí desdichada! Ya en una copa mezcla dos venenos: el de su venganza y el del pago que me ha de dar a mí. Y aguza el puñal para asesinar a su marido por haberme traído a mí... ¿A qué seguir portando estas irrisorias insignias? ¿Este cayado y estas ínfulas que mi cuello cercan? Yo las destruyo antes de ser yo misma destruida (*obra de acuerdo con lo que va diciendo*). ¡Al suelo, al suelo caed... tened ese pago... que yo os vea en el polvo! ¡A ser riqueza de otra más mísera que yo! Vedlo, es Apolo mismo quien de esta veste de agorera me despoja... ¿cuándo por fin? ¡Después de haber hecho que yo fuera mofa de amigos y enemigos, bajo esta ropa infausta...! ¡Y todo sin provecho! Me llamaban vaga, como a una pobre que anda diciendo la suerte a otros, mendiga, muerta de hambre... Y todo soporté. Y él, el vidente me hizo, me ha lanzado a este destino, me ha arrojado a la muerte. En lugar del altar de mi padre que me separaba me está reservado el tajón de un carnicero: quedará empurpurado con mi ardiente sangre...! ¡No, no: los dioses no dejarán impune este crimen: moriremos, sí, pero ha de venir un vengador... un hijo nacido para ser matricida... él cobrará la muerte de su padre! ¡Fugitivo, errante por extrañas tierras, arrojado de su propia patria, pondrá el remate al cúmulo de los infortunios de su linaje! ¡El grito suplicante de

su padre tendido en su sangre lo ha de empujar hasta el fin! ¿A qué llorar por mi propio infortunio? Vi a Ilión caer destruida: hicieron de ella lo que quisieron... Veo ahora a los destructores caer a su vez con esta infausta suerte por decreto divino! ¡Adelante, ya voy a enfrentarme con la muerte...! ¡Solemne fue el juramento de los dioses! ¡Puertas del Hades, yo os saludo en estas puertas... concededme que reciba yo un golpe certero y sin agónica demora cierre mis ojos, mientras mi sangre dulcemente se difunde en la tierra!

Coro.—¡Oh mísera mil veces y mil veces discreta; oh mujer, larga fue tu predicción! Pero si estás segura de tu fatal destino, ¿cómo vas cual ternera empujada por los dioses al altar como víctima?

Cas.—No hay ya escapatoria, extranjeros, ¿qué puede hacer un tiempo más?

Coro.—Pero el valor del tiempo último es de excesivo precio.

Cas.—La hora llegó: ¿qué ganaría la fuga?

Coro.—Sábelo bien: tu osado corazón es tu ruina.

Cas.—¡Nadie de los dichosos oye estas palabras!

Coro.—Pero morir con gloria es una gracia dada al mortal.

Cas.—¡Ay, por tí, padre, y por nobles hijos...! (*Hace ademán de entrar y retrocede*).

Coro.—¿Qué cosa es? ¿Qué miedo te retrae?

Cas.—¡Ay, ay!

Coro.—¿Qué pavor es ese? ¿Qué pavor te domina?

Cas.—A crimen huele esta mansión y a sangre derramada.

Coro.—¿Cómo no? ¡Es el olor de las víctimas que arden ante el ara!

Cas.—¡Es cual hedor que sale de una tumba!

Coro.—Dices bien: no es de perfumes sirios.

Cas.—¡Voy pues... voy a llorar entre los muertos mi muerte y el destino de Agamemnón. Basta de vida! (*Va a entrar y vuelve a retroceder*).

¡Ah, extranjeros... No, no tiemblo ahora, cual tiembla el ave ante el zarzal hirsuto...! Daréis el testimonio cuando una mujer muera para pagar con su sangre la muerte de otra mujer y cuando por un hombre traicionado por su esposa otro hombre también

101

muera! Dadme este don de hospitalaria bondad ahora que marchó a la muerte!

Coro.—¡Ay, infeliz... cómo deploro tu destino dictado por los dioses!

Cas.—Una vez más habré de hablar: No es el lamento funeral mío el que cantar intento. Voy a imprecicar al sol, iluminada por su luz en mis horas postreras: ¡lo mismo mis verdugos que aquellos que me venguen paguen juntos la deuda por la muerte de una mísera esclava, tan fácil de ser muerta...! (Entra al palacio y la puerta se cierra).

Coro.—¡Oh triste condición de las cosas humanas...! Si son prósperas, se esfuman como sombra; si son infaustas, son borradas como por una esponja! ¡Se perdió la imagen para siempre! Y me duele en el alma más esta fortuna que la primera.

Semicoro.—De la dicha los mortales jamás se sienten satisfechos... nadie quiere desecharla de su casa y decirle con el dedo enhiesto: "¡No entres más...!"

Vedlo ahora: Este hombre logró de los dioses la dicha de anadar la ciudad de Priamo. De regresar a su casa paterna con los honores plenos en sus hombros... Y ahora él va a pagar la sangre que sus padres vertieron y ha de morir él mismo, después de haber muerto tantos, y por su muerte habrán de morir otros.

¿Puede haber un mortal entre los mortales que haga alarde de haber nacido dichoso cuando oiga estas mudanzas del destino?

Se oye en el interior un grito de Agamemnon

Ag.—¡Ah, herido soy de muerte!

Coro.—¡Ah... calla...! ¿Quién se queja de mortal herida?

Ag.—A,y... otra vez... una segunda herida...!

Coro.—¡Lo creo... es el crimen... el rey ha sucumbido... esos eran sus lamentos...! ¡Demos voces... al pueblo convoquemos... tomemos las determinaciones que convengan!

Corista 1.—Pienso que es urgente gritar al pueblo... ¡Venid, al palacio!

Corista 2.—También yo creo que debemos entrar con toda prisa

y aprehender a los asesinos.

Corista 3.—¡También yo... lo más pronto... sin vacilaciones...!

Corista 4.—¡Tiento... más tiento... pueden ser los preludios de una usurpación... va a tiranizar la nación...!

Corista 5.—Pero nos divagamos en demoras... ¡ellos no, con afán se preparan a sus fines... no están dormidos por cierto!

Corista 6.—¡Yo no sé qué decir... antes que obrar, deliberar...!

Corista 7.—Lo mismo pienso yo... ¿quién con palabras puede resucitar a un muerto?

Corista 8.—¿Y solamente por vivir un poco más de tiempo vamos a consentir que estos nos dominen, tras haber mancillado este palacio?

Corista 9.—No: es insufrible... Antes morir... Mejor fortuna es el morir que estar sometido a la tiranía.

Corista 10.—¿Pruebas tenemos? ¿Los lamentos sólo? ¿Quién asegura que muerto es el rey?

Corista 11.—Bien dicho... pero debe uno asegurarse. ¡Una cosa es enojarse y otra ser convencido!

Coro.—De acuerdo con esto. Sepamos cuál ha sido la suerte del atrida.

Se abre la puerta. Clitemnestra sale y lleva en la mano el velo ensangrentado. Se ven en el fondo los dos cuerpos yacentes de Agamemnon y Casandra.

Cl.—Muchas palabras dije de acuerdo con la hora en que yo hablaba: no tengo en decir lo contrario ni pudor ni pena. Es el medio mejor para atrapar a un enemigo y echarlo en las redes fingirse lleno de amistad: así no puede retroceder ante la trampa que la desdicha le pone delante. ¡Cuanto tiempo suspiré por esta hora; al fin llegó; fue mi venganza! Fue como lo tramé. Le di el golpe. No puedo negarlo. No pudo huir, no pudo esquivar la muerte... Una red, como si fuera un pez, puse ante él: ropa de maldición y de infortunio: no pudo salir de ella. Dos golpes le asesté: dio dos gemidos y sus miembros todos se descoyuntaron... cayó por tierra